

Las capsulitas rojas

Ayer, sábado, se me cayó al suelo una de las capsulitas encarnadas y botó sobre el irregular parquet de la habitación como una pelotilla diminuta. Observé lo hermosamente que surcaba el aire —lo vacío— con sus saltos y entonces, abrí el frasco nuevo y me metí con cuidado otra cápsula en la boca, despacio, poco a poco, agarrándola bien entre los dedos, me acerqué al grifo del lavabo y la tragué. Cuando la cápsula estaba ya en lo más profundo de mi ser, caí en la cuenta de que su superficie había cedido a la presión de mis dedos como si fuese vacío íntegro y a la vez, pensé en lo raro que había resultado el rebotar de la que se fue al suelo, *tacatacatatacata*, como una pelotilla de celuloide de las que se usan en el tenis de mesa, y tomé el frasco de nuevo, coloqué todas las capsulitas sobre mi libro y las fui abriendo, una por una. En el interior de todas ellas distinguí el vacío total del que nos habla Leucipo.

Yo me había resignado a aceptarte como eras; pasaba por alto hasta que me dijeras que en sueños —en mis horas de siesta, claro—, churritaba como un verraco.

—(Que, ¿qué?

—Que churritas como un verraco, verraco, verraco...)

Tuve que acudir al diccionario para averiguar qué carajo era aquello de churritar; hacía caso omiso de tus veleidades, aunque siempre, siempre, atribuía a la insensatez de tu conducta el malestar absoluto que me cogía por el cuello y amenazaba con ahogarme, cuando te despedías de los amigos besándoles allí donde cayesen tus labios:

(—Pero, mujer, comprende, si quieres besar a los tíos, no apuntes a la boca, siempre das en lo mismo, en cambio a las amigas no hay porqué besarlas en la frente o en las orejas, joé...)

Y tú que sí estabas hasta los pelos, que si te trataba como a una lumia y que podía decir lo que me viniese en gana porque mi opinión te tocaba un pie).

Andábamos estudiando tercero de filosofía pura y fue sobre el volumen de *Los Presocráticos*, de Kirk y Raven, donde vertí el contenido del frasquito de cápsulas encarnadas y descubrí el más reciente y es posible que el peor de tus engaños. Estaba repasando la historia apasionada de los atomistas, Demócrito, Leucipo, ya bien metido en materia, y pensaba aún en ti. Yo quisiera ponerte en caracteres griegos el párrafo de *La Gran Ordenación del Cosmos* que me arrancó la atención del libro para fijarla de nuevo en tu persona hasta dar en un intento de análisis de tu nueva falacia, pero escribir estas líneas en griego complicaría la existencia al infeliz cajista de la imprenta, porque esto aparecerá a la luz del sol, vaya si aparecerá, mi muy respetada Laura Arenales Luque. *Al moverse los átomos colisionan y se entrelazan de tal manera que se unen en un estrecho contacto mutuo, pero no llegan a generar de ellos, en realidad, substancia*

de ningún tipo... pues es de una ridícula ingenuidad suponer que dos cosas pueden alguna vez llegar a convertirse en una. Es atributo de los átomos el que se mantengan juntos durante cierto tiempo, pues así se obtiene el asimiento y entrelace de los cuerpos primarios; porque unos son angulosos, otros ganchudos, otros cóncavos, otros convexos y otros, en fin, ofrecen otras innúmeras diferencias; así hay que pensar que sólo se mantienen unidos hasta que una necesidad procedente de lo circundante los sacuda y los disperse hacia afuera...

Pensé otra vez en tu mentira y me dije en voz alta:

—Al carajo, a la *rue*... Ve con placebos a tu señor padre, Laura...

Cerré el libro de golpe, aplasté entre sus páginas tus cápsulas rojas, me llevé las manos a la frente y estuve así quizás horas. Pensaba en ti y en Demócrito, un ventajista, un heredípeto como tú, que se apuntaba a todas con tal de cargar su propia alforja con ideas, doctrinas y aún libros de los demás. Y al pensar en ti, claro, te llegaste a mi recuerdo y te vi en carne y hueso, con tu larga cabellera del color de los tirsos, tu piel más bien áspera y pecosa, tu pequeña nariz, tus ojos verdeantes, tu figura que sacaba de quicio a todos los compañeros y profesores de la Facultad, porque eres alta, de carnes escurrida y pecho leve. Parecía flotar sobre este mundo, quizá *porque el fuego, expulsado, por tener menos peso, se mueve hacia arriba y parece ligero*, eso lo he leído hoy mismo creo que en el propio Demócrito, ve tú a saber de quién será la cosa.

Me pregunto, en efecto, dónde estarás, en qué compañía, en qué cama. Naturalmente, Laura, una tiene derecho a vivir; naturalmente, una tiene que aguzar el ingenio para sobrevivir de la compañía de un estudiante de buena familia y con renta fija —qué aburrimiento—, al mes; naturalmente que debe resultar insoportable aguantar a un pájaro al que la vida, por mor de mala salud, ha convertido en pared de hostigo; naturalmente que estás hasta los pelos (qué expresión ordinaria, tía...) de mis súbitos malestares, de mis taquicardias extrasistólicas, de mi totalitaria e impredecible distonía neurovegetativ of course...

Yo jamás te engañé. Cuando te pedí que vinieses a compartir conmigo mis palacios de invierno (desgraciado Verlaine) no te oculté nada, me conocías desde hacía más de dos años, hasta el punto de que un día en que me dio fuerte la taqui, te ofrecí a palpar mi pulso y me dijiste muy feliz que estaba más que bien, que me iba rápido como una centella y que el que más corre llega, sin duda alguna, el primero... Mira, te hubiese dado así, en mitad de la boca... Yo como un imbécil en mitad del pasillo de la Facultad, a la vista de todos, con un brazo despegado del cuerpo, mi muñeca en tu mano, tus ojos en el reloj-pulsera, diciendo:

—Estás muy bien, te late el corazón cada vez más de prisa, tío, y además, de vez en cuando se te para, menuda juerga que te traes por los adentros... Uno, dos tres, parón, uno dos tres, parón, uno dos, parón, que cosa divertida, oye.

La primera vez que entraste en casa (ya no volverás a hacerlo, mala pécora, zorra), te posesionaste de ella, ahí estabas tú, comandanta en jefe, capitana en plaza, ordenando a Eugenia, la pobre portera, que nos subiese un lebrillo de agua bien caliente, y luego a mí, con voz imperiosa:

—Anda, Jorgito, sé un sol, quítate la chaqueta que te voy a dar un baño de pies en agua hirviendo que te pamposará, hale, recuerda lo que decía Heráclito acerca del frío

y del calor, de lo idéntico y no idéntico, de lo armónico y no armónico. Está clarísimo, amor, ¿no te parece?

Y yo que sí, muy claro. Cuando llegó Eugenia con el lebrillo, me ordenaste que me quitara los zapatos y los calcetines y que me subiese hasta las rodillas las perneras de los pantalones y te obedecí, lo hice, y en mi atoramiento di en ignorar las palabras de Eugenia, «cuidado señorito, que está que arde» y me metí en el recipiente y joé, las pasé putas, tu sosteniéndome por los hombros en el interior de la perola, ajena a mis sufrimientos y quemazones, hablando con la portera de que si era o no extraño que una empleada de hogar se llamase Eugenia, nombre de reina, y ella, la pobre mujer, que cosas peores se han visto. Al fin, me dejaste ir y contemplaste mis tobillos, mis empeines, mis dedos enrojecidos y humeantes, dijiste que magnífico, mandaste a Eugenia que retirase las lavazas y dispusiste que me metiese en la cama, mientras tú, recatada —cínica asquerosa—, te volvías de espaldas y te dedicabas a saludar a alguien por la ventana. No sé a quién, ha habido tantos...

También es cierto que el día siguiente, arrebatást de las manos de Eugenia la bandeja de mi desayuno y me lo subiste a la cama, me pediste el brazo, te lo alargué, fijaste tus ojos en el reloj-pulsera y mientras contabas frunciste tu frente amplia, tersa, maculadísima de pecosidades. Después de un minuto, llegaste a la conclusión de que mi pulso seguía rápido en exceso y que hacía aún *paradinhas*, como los futbolistas antes de lanzar los *penalties*, y que nada, que era imprescindible ir al médico para hacerme un electrocardiograma:

—Nos falló Heráclito, tío, no es cierto que todas las cosas cambien recíprocamente con el fuego y que el fuego, a su vez, con todas las cosas. ¿Quién es mi tesoro?

—Como te me acerques e intentes besarme, te doy así en la boca...

—El médico te recetará una porquería y los extrasístoles, adiós, muy buenas...

—Las...

—Las..., ¿qué?

Extrasístoles, es femenino...

¿Recuerdas, mala bestia...? El médico que taquicardia sinusal y extrasístolia auricular derecha, que si un proceso de somatización de angustias y represiones, que si sedantes, que si convenía que fuese a ver a un psiquiatra, porque de corazón, por ahora, nada y que sí, desde luego, las extrasístoles eran femenino.

Y tú, frente a él, echando hacia atrás tu melena roja, sentadita ante su mesa de consulta, te doblabas de cintura al máximo para facilitar a aquel especialista en corazones la vista de tu interteto y venga a dártelas de sabihonda y de responsable, ja, que si yo fumaba demasiado, que si no hacía suficiente ejercicio, que si estaba totalmente de acuerdo con su diagnóstico y que, sin duda, estaba clarísimo, que con tanto estudiar filosofía se me habían desatado los cabos.

—¿A qué cabos se refiere usted, joven...?

—A los de la mente, doctor.

—En la mente no hay cabos. Los cabos suelen estar en los barcos y en el ejército.

Y tú dale que te pego a tu risa contagiosa y el médico venga de reír también, el desal-

mado, que hasta se incorporó de codos y se inclinó aún más hacia adelante para contemplar mejor los paisajes que le ofrecías, qué vergüenza... Acabaste preguntándole si conocía algún loquero de confianza y el repugnante de él dándote cuerda, intentando crear conversación sobre tu conversación, afirmando que con eso de los loqueros —al pronunciar la palabra, sonreía—, había que andarse con cuidado, con muchísimo tino, con extremada cautela, porque si un enfermo caía en manos de un adicto al psicoanálisis de Freud, era ya hombre perdido:

—Los freudianos, jovencita, llenan la cabeza de sus enfermos con los fantasmas de la sexualidad y los convierten en obsesos.

Sí, reconozco que te portaste, mira. Claro que las extrasístoles y las taquicardias sinusales no son taras visibles, o sea, no es como ir por la calle con un ciego o un cojo. Uno puede ir tirando por la vida como si estuviese normal y sólo los que se ponen a hurgarte en los pulsos se dan cuenta del desarreglo. Me llevaste al cardiólogo y al loquero y dabas órdenes continuas a la pobre señora Eugenia acerca de lo que debía cenar y desayunar y comer los días que no te fuese posible hacerlo conmigo. La portera no te hacía maldito el caso y el que las pasaba canutas era yo, porque la del nombre regio me servía para cenar unos platos de coliflor frita que ardía Troya y me ponían de inmediato en paroxismo.

Sí, me llevaste al loquero, Laura, un pobre doctor decrepito y ancianísimo, que cuando le mentaste a Freud puso sus ojos sobre los tuyos y frunció los labios como si le estuviesen hablando de un absoluto desconocido y que con mentalidad tridentina nos hizo saber que buena parte de los males de mente proceden de vida presidida por pésimas costumbres.

—Y en consecuencia, hijos míos, se hace difícil una profilaxis preventiva, ya que la decaída sociedad de nuestro tiempo está sembrando una verdadera panspermia, es decir, difunde gérmenes de seres orgánicos a lo ancho y a lo largo del mundo que se desarrollan maravillosamente en cuanto encuentran las condiciones favorables que les ofrecemos.

Y cuando dijiste si podían mejorarme los baños calientes de pies, el venerable anciano se hizo también el loco, elevó la mirada hasta el techo de su consulta, se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Psé...

Total, panspermia, baños calientes de pies, tridentinismo, taquicardias sinusales, extrasístolas auriculares —a Dios gracias, que lo malo es cuando fibrilan los ventrículos— y platos de coliflor frita para cenar casi cada día y coronar así mis noches de espinas.

Yo te había ofrecido mi habitación, te invité incluso hasta a un hueco en mi cama, la cama era amplia y tú y yo delgados, uno en Pekín, el otro en Addis Abeba y tú que nanay de la perimanga. Yo eso de la perimanga no sabía lo que era, te pedía que me lo aclarases y salías siempre con las mismas.

—¿Pero cómo no vas a saber lo que es el nanay de la perimanga, criatura...?

—Que no, que no lo sé, te lo juro por la salud de mi padre.

—Uy, Dios nos valga, vaya tío inocente...